

La vanidades de la Tierra y las verdades del Cielo



Charles H. Spurgeon

El Púlpito del Tabernáculo Metropolitano

La vanidades de la Tierra y las verdades del Cielo

Nº 2346

Sermón predicado la noche del Jueves 7 de Noviembre de 1889 por Charles Haddon Spurgeon. En el Tabernáculo Metropolitano, Newington, Londres, (y también leído el Domingo 4 de Febrero de 1894).

“Ciertamente como una sombra es el hombre; ciertamente en vano se afana; amontona riquezas, y no sabe quién las recogerá. Y ahora, Señor, ¿qué esperaré? Mi esperanza está en ti. Librame de todas mis transgresiones; no me pongas por escarnio del insensato”. — Salmo 39: 6-8.

“Sí, como una sombra anda el hombre...” — Salmo 39: 6. (La Biblia de las Américas).

Éstas son unas palabras solemnes. A veces tenemos un tema más jovial que éste; pero yo creo que tanto espiritualmente como naturalmente, mejor es ir a la casa del luto que a la casa del banquete. Una meditación serena sobre las cosas, no como son en la ficción, sino como comprueban ser en la realidad, es siempre saludable. Hay una gran abundancia de aflicción en el mundo, y todos nosotros nos encontramos, de vez en cuando, con algo que apacigua nuestro espíritu y atempera nuestra sangre.

Entonces, si esta noche pensamos un poco en el carácter fugaz de este mundo, y consideramos el mundo verdadero donde únicamente se encuentra la certeza, y nos instruimos para aprender hechos y realidades, con la bendición del Espíritu de Dios, podremos recibir un más duradero refrigerio que si nuestros corazones fueran conducidos a saltar de gozo por causa de una meditación sobre algún tema embelesador.

No voy a alargar el prefacio pues hay demasiado contenido en el texto mismo como para ceder más tiempo a una larga introducción. Por tanto,

noten, primero, que David registra su visión de la vida humana: “Ciertamente como una sombra es el hombre; ciertamente en vano se afana; amontona riquezas, y no sabe quién las recogerá”. Luego, a continuación, David expresa sus propias emociones en la contemplación de estas cosas: “Y ahora, Señor, ¿qué esperaré? Mi esperanza está en ti”. Y luego, en tercer lugar, David ofrece una oración apropiada y necesaria, pues clama: “Líbrame de todas mis transgresiones; no me pongas por escarnio del insensato”.

I. Primero, entonces, hemos de notar que, en nuestro texto, DAVID REGISTRA SU VISIÓN DE LA VIDA HUMANA.

Ustedes advertirán que inserta dos veces en este versículo la palabra “ciertamente”, y con el “ciertamente” que está al final del versículo cinco, que tiene el mismo significado y puede ser traducido como “ciertamente”, expresa la misma palabra tres veces, “ciertamente, ciertamente, ciertamente”, o si así lo quieren, “de cierto, de cierto, de cierto”. Nos recuerda a medias a su Hijo, que es más grandioso, al Hijo de David, cuyo lenguaje fue enfatizado a menudo con esas sagradas palabras de confirmación: “De cierto, de cierto os digo”.

David pareciera decirnos aquí que no hay nada seguro excepto que nada es seguro. “Ciertamente” —dice él— “nada en la tierra es seguro; ciertamente no hay verdad en ninguna parte aquí abajo”. Hay una tierra de verdades, hay un hogar de seguridades y algunos de nosotros vamos en camino hacia allá, y ya contamos con las arras de nuestra herencia; pero en cuanto a ustedes, que tienen su porción en esta vida, ustedes tienen vanidad y no verdad; el cambio está escrito sobre todas las cosas terrenales.

Habiéndonos dado así la tónica de la certeza —pues el salmista no escribía al azar, antes bien escribía lo que conocía, escribía lo que había experimentado, y escribía bajo la inspiración del Espíritu de Dios— debemos considerar con más cuidado lo que ha escrito. Si es tan cierto, debemos estar seguros de conocer su contenido.

Y, en primer lugar, me parece que se refiere a la vida como un camino; y dice al respecto: “Sí, como una sombra anda el hombre”. Luego habla de la vida como una zozobra; y de eso dice: “Ciertamente en vano se afana”. Y

luego habla de la vida como un éxito, según dicen los hombres, y de eso dice: “Amontona riquezas, y no sabe quién las recogerá”.

David primero se refiere a la vida como un andar. Parece que tuviera en mente la idea de una gran procesión: “Sí, como una sombra anda el hombre”. Si decidieran ir al show del señor Alcalde el próximo sábado, podrían ver un espectáculo vano y sabrían con precisión qué quería decir David. Tales cosas eran más comunes en los países orientales que en los nuestros; pero ya sea que se trate del show del señor Alcalde o de cualquier otro, es un cuadro de lo que es esta vida mortal. La procesión, si la vieran, o aunque no la vieran pero sólo leyeran u oyeran respecto a ella, podría recordarles qué es la vida; todo lo que ven es un puro espectáculo. Hay reyes en ese show, hay príncipes en ese show, y hay héroes de tiempos antiguos en el show; pero, en realidad, allí no hay ni reyes, ni príncipes, ni héroes. Es puro show; y así es, en gran medida, esta vida mortal.

En algunas clases de la sociedad, la ostentación lo es todo; sus miembros tienen que “guardar las apariencias”. Justamente es eso; y, en el mundo entero eso es casi todo lo que hay —“apariencias”— un espectáculo vano. Si quisieran realidad, no podrían verla; la realidad es invisible. Si quieren sombra, pueden verla: “Las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas”. Yo desearía que pudiéramos captar esa idea como algo práctico, es decir, que todo lo que podemos ver es una sombra, pero que lo que no podemos ver es la sustancia real.

Cuando hablamos acerca de la fe, los hombres nos llaman: “visionarios”. Bien, bien, pueden llamarnos así si quieren, pues tenemos una visión de un orden muy excelso; pero nosotros queremos devolverles la palabra con su significado ordinario, pues si hacen su tesoro de lo que pueden ver y manejar, entonces ustedes son los visionarios, pues el espectáculo con el que ustedes se regocijan es vano, y eso que ustedes ven con sus ojos no es sino una visión, un sueño que se esfuma cuando uno se despierta. ¡La vida terrenal es sólo un show!

¡Oh, amigos, yo desearía que realmente consideráramos eso! No seríamos tan violentos como somos, si nos dijéramos: “Éstas sólo son sombras”. No estaríamos tan molestos ni afligidos como estamos, si nos dijéramos con frecuencia: “Éstas son sombras; no podría verlas si no lo

fueran. Si fueran reales, no serían perceptibles para mis sentidos; sólo serían perceptibles para la facultad superior de la fe”. “Ciertamente, como una sombra anda el hombre”. Es un show, y nada más.

Pero es un espectáculo pasajero, pues David no dice: “Ciertamente el hombre se sienta como si fuese una sombra, y permanece en el mismo lugar”, sino que dice: “como una sombra anda el hombre”. La vida es como una procesión que pasa delante de sus ojos. ¡Se acerca; escuchen los gritos de la gente! Estará aquí en unos cuantos minutos. La gente llena las calles. Pero de pronto se ha desvanecido, ha desaparecido. ¿No les da la impresión de que la vida es algo así? ¡Yo recuerdo, oh, yo recuerdo tantas figuras en la procesión! Me ha parecido estar como junto a una ventana, aunque eso sólo ha sido una impresión, pues yo también he andado en la procesión. Recuerdo a los grandes hombres sinceros de mi niñez, a quienes oía orar; ahora están cantando en el más allá. Luego, cuando pienso en ustedes, queridos amigos, recuerdo una larga procesión de hombres santos y mujeres piadosas que han pasado ante mí y se han ido a la gloria. ¡Qué huestes de amigos tenemos en el mundo invisible: “que se han reunido con la mayoría”! Conforme envejecemos, ellos realmente son la mayoría, y nuestros amigos que están en la tierra son sobrepasados en número por nuestros amigos que están en el cielo. Algunos de ustedes recordarán con afecto a seres queridos que han pasado en la procesión, pero, por favor, tengan presente que ustedes también van en la procesión. Aunque ellos parecieran haber pasado antes que ustedes, ustedes han estado pasando con ellos, y podrían alcanzar el punto de cesación en breve, y éste será el tema de conversación entre la hermandad que ustedes aman: “Él, también, se ha ido”, o “Ella se quedó dormida”; pues todos vamos caminando como en una procesión, y vamos esfumándonos hacia la tierra de sustancia y realidad.

Un espectáculo que se está esfumando es, en sí mismo, vano, cuando es medido por esta vida mortal: “un espectáculo vano”. Para un hombre que no tiene ninguna esperanza en el más allá, todo es “Vanidad de vanidades, todo es vanidad”. Dentro de la estrecha circunferencia de este pobre globo, no hay nada que valga lo suficiente como para que un hombre abra su boca y lo pida o lo reciba. Tomen el círculo más amplio y más grande de los cielos, y allí, dentro de la ilimitada circunferencia, hay algo que ha de encontrarse que vale la pena encontrar. Si moran en Dios, tienen algo sustancial; si

mueren fuera de Dios, entonces se tiene “mucho ruido para nada”. La vida es un espectáculo vano cuando es vivida separada de Dios.

Si lo consideraran por un minuto, verían directamente que así es. Piensen en los ejércitos de Babilonia y de Asiria, en los palacios que construyeron sus reyes, en las poderosas ciudades que edificaron; ¿dónde están ahora? Piensen en los medos y en los persas, con toda la pompa de su poder; ¿dónde están sus glorias ahora? Y en Grecia, cuyos palacios y templos son una desolación. Escuchen las pisadas de los ejércitos romanos acercándose por la Via Sacra; oigan con atención las aclamaciones del pueblo mientras se suben a los propios techos de las chimeneas para ver a los vencedores cuando regresan a casa; ¿adónde se han ido todos? La fama hizo tocar una vez la trompeta de bronce y los ecos resonaron por un tiempo, pero luego se hizo el silencio. “Ciertamente, como una sombra anda el hombre”. Imagínense una procesión, y habrán captado el pensamiento que David quería transmitirles. De esa manera, con demasiada frecuencia, es la vida entera del hombre: es el simple paso de un desfile, y nada más.

El salmista luego habla de la vida como de una aflicción, y dice: “Ciertamente en vano se afana”. En efecto, así es. Cuán pocas personas están libres del espíritu de las cosas de este mundo como para poder pasar por la vida apaciblemente. Si pudiéramos vivir una vez en las eternidades, estaríamos tranquilos, y sosegados, y descansados; pero vivimos de acuerdo al momento y al día, y estamos sumidos en la preocupación, y en la inquietud, y en el apuro y en la irritación, y no conocemos el descanso verdadero. El trabajo de este mundo, si es llevado a cabo como si fuera únicamente para este mundo, está bien descrito aquí: “Ciertamente en vano se afana”.

Miren cómo comienzan la vida, ávidos de sus gozos, sus honores, su riqueza. Noten cómo trabajan laboriosamente, y se afanan, y laboran. ¡Cuánto trabajo cerebral es efectuado a la luz del aceite de la lámpara de la medianoche!

Muchos hombres agitan sus mentes y agotan sus espíritus, hasta perder su vida buscando su manutención. Procuran vivir, y he aquí, la vida se les va; y se despiertan, y se preguntan cómo es que la han dejado ir y no han vivido realmente del todo. Algunos están completamente inclinados a

adquirir, y no pretenden gozar en ninguna medida; cuando tales individuos consiguen lo suficiente, no es suficiente para ellos. Cuando obtienen el doble, todavía están ávidos de más, y viven en una perpetua aflicción. Entonces uno tiene más que otro e interviene la envidia, una de las más desgastantes de todas las pasiones; y cuando un hombre tiene todo lo que pensaba que iba a necesitar jamás, le entra el miedo de perderlo. Ahora está ansioso acerca de ésto, y preocupado acerca de eso otro, e inquieto acerca de aquello.

Créanme que no hay personas que sufran más la inquietud de la vida que aquellas que deberían tener el suficiente sentido para estar libres de eso; “teniendo sustento y abrigo” no “están contentos con esto”; y habiendo tomado todo lo que es bueno para llevar consigo, son como un viajero que, teniendo un sólido bastón para ayudarle en su camino, necesita llevar un manojo de varas con él, y así se carga innecesariamente. ¿Acaso no es así?

¿Alguna vez entraron en la Bolsa de valores de París, u oyeron alguna vez, por casualidad, el ruido de la Bolsa de valores de Londres? Es más difícil ver este último lugar que el primero; pero cuando he estado en el piso superior de la Bolsa de París, y he vuelto mi mirada hacia la delirante multitud abajo, me he preguntado que si Bedlam (1) fuera desalojado, si habría aquí más ruido, más murmullos, más gritos, más empujones y prisas, primero de este lado, y luego de aquél. No podía entender qué era lo que hacían; tal vez eso hacía que la escena pareciera más desquiciante. Cada hombre se veía muy alerta, y presto a consumir a todos los demás hombres del lugar; y yo creo que la Bolsa no es sino un cuadro de la vida mercantil en cualquier lado: competencia, competencia, todo mundo comprando barato, y triturando a cada quien que trabaja, y luego quejándose de que, a su vez, él está siendo molido, también, siendo medido con su propia medida. ¡Ay, qué vida es ésa!

Si David hubiera escrito este Salmo hoy, podría haber escrito en letras mayúsculas: “CIERTAMENTE EN VANO SE AFANA”. ¡Oh, que hubiera un poco de tranquilidad! ¡Oh, que hubiera tiempo para pensar! ¡Oh, que hubieran oportunidades para acercarse a Dios, y exponer todos los pensamientos y todas las preocupaciones delante de Él, y entonces salir sintiendo paciencia entremezclada con gozo, y gozo con la expectación de

una indecible bienaventuranza que nos ayuda realmente a vivir, en lugar de ser inquietados en vano!

Bien, en seguida, David prosigue a hablar de la vida como un éxito; y menciona a quienes se suponía que habían sido exitosos en la vida; aunque, fíjense bien, acumular riquezas, después de todo, no es tener éxito en la vida. Cuando lean en el periódico La Noticias Ilustradas de Londres que alguien murió y que “valía” tal cantidad, no lo crean. Un hombre no vale lo que posee cuando muere; un hombre no podría valer ni dos centavos, y aunque pueda poseer un millón, él mismo no vale nada, ¡pobre hombre que lo ambicionaba todo! Pero ustedes dicen que tal y tal individuo murió y dejó 200,000 libras esterlinas. Sí, hay varios entre nosotros que cuando muramos, vamos a dejar mucho más que eso. Yo voy a dejar todo el mundo tras de mí, y hay otras muchas personas aquí que harán lo mismo, y dejarán todos los millones que hay, y todas las propiedades que alguna vez existieron, y todos los tesoros del mundo; y yo supongo que cada uno de nosotros, cuando muramos, dejará todo tras de sí, pues los sudarios no tienen bolsas, y los hombres no se llevan nada con ellos a sus tumbas.

Pero incluso cuando un hombre fuere exitoso en acumular riquezas, vean cómo lo describe David: “Amontona riquezas”. Eso es todo; no participa de ellas, no las usa, simplemente las acumula. Acumula sin disfrute. Cuando un hombre tiene alimento y comida, tiene lo que necesita para su comodidad y todo lo que tenga en exceso, si fuera contado por miles, mil libras esterlinas bien podrían ser mil púas, en lo que a algún beneficio para él se refiere. Pero la más grande acumulación no le dará más consuelo, pues tendrá la ansiedad adicional de cuidarla.

Cuando las riquezas están consagradas a la gloria de Dios, asumen un carácter muy diferente; pero ahora estoy hablando acerca de este mundo y de la mera posesión de sus tesoros. David lo describe como el amontonamiento de riquezas, y eso es todo lo que es: obtener un gran montón, como lo hacen los niños a la orilla de mar, pues uno obtiene un montón más grande de arena que otro niño, pero, ¿cuál es el beneficio de eso?

El salmista dice también que cuando el hombre amontona riquezas, “no sabe quién las recogerá”. Acapara sin seguridad. Ésta es probablemente una

alusión al labrador que ha cortado su trigo y pone las gavillas juntas; y luego en la noche, antes de poder reunir las en el granero, y mucho menos antes de poder trillar el grano, y molerlo, llega un merodeador, y se va corriendo con todo. El avaro amontona su oro, pero no sabe quién lo recogerá. ¿No hemos visto el fruto del trabajo de muchos años esfumarse en una hora? La cosecha de toda una vida ha desaparecido por un pánico en un momento.

“Amontona riquezas, y no sabe quién las recogerá”. Deja su riqueza sin placer. El salmista alude al hecho de que los hombres no pueden decir qué será de sus posesiones cuando mueran. Estoy seguro de que hay muchos hombres que se revolverían en sus tumbas si supieran qué es lo que se estaba haciendo con sus riquezas ganadas duramente. Vivir enteramente para enriquecer a otros acerca de cuyo carácter sabes tan poco, pareciera ser un pobre objetivo en la vida; y, sin embargo, es el único objetivo que muchos están persiguiendo. Sin prole o sin hijos, pudiera ser que los hombres prosigan reuniendo riquezas para algún heredero desconocido que, si lo conocieran, sería tal vez objeto de su desprecio; sin embargo, prosiguen trabajando como esclavos para uno que nunca será agradecido con ellos cuando estén muertos.

Ahora, todas estas cosas puestas juntas, ¿no constituyen un cuadro muy lamentable? Sin embargo, es muy cierto en cuanto a los mundanos, en cuanto al hombre que no tiene esperanza en el más allá, al hombre que nunca ha proyectado su alma a lo espiritual y al reino celestial, mediante la gracia.

II. Y ahora, contento de alejarme de esta parte de nuestro tema, les pido que notemos cómo EXPRESA DAVID SUS PROPIAS EMOCIONES EN LA CONTEMPLACIÓN DE ESTAS COSAS.

Y, primero, ha llegado a una decisión. Habiendo considerado estas cosas, comienza con la expresión de sus propios sentimientos así: “Y ahora, Señor”. Me gusta ese modo de hablar; es algo grandioso ir a Dios con un “ahora”. Ustedes saben cómo viene el Señor a nosotros; Él dice: “Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta”. Me gusta a veces que un hombre se acerque a Dios, y se siente, y parezca decir: “Ahora, Señor, Tú ves que me he dado cuenta de la vanidad de este mundo; bien puedo dejarlo ir todo,

pues se derrite en mis manos; es una simple sombra que no es digna de que se viva para ella, y yo tengo que vivir en la eternidad contigo. Tengo que vivir en el cielo o en el infierno. ¡Oh, Dios mío, haz que recupere mi cordura! Llévame muy cerca de Ti, y estemos a cuenta, para resolver el dilema. ‘Y ahora, Señor’”.

Todo momento es solemne si quisiéramos volverlo así; pero hay ciertos momentos decisivos en la vida, cuando los ojos del hombre han sido abiertos para ver la falacia de sus búsquedas anteriores, cuando, llegado al cruce de los caminos, mira las señales y dice: “Y ahora, Señor, guíame; ayúdame a tomar la dirección correcta, a esquivar las sombras y a buscar lo que es sustancial. Ahora, Señor”.

También me gusta esta expresión de las emociones de David, porque consulta con Dios. “Como una sombra anda el hombre: pero”, —dice— “y ahora, Señor, no hay vanidad contigo, no hay impostura, no hay engaño contigo; he aquí, yo me alejo de este espejismo que me acaba de engañar, y vengo a Ti, mi Dios, la Roca de mi salvación, y miro a Ti. Y ahora, Señor”. Quiera Dios que alguien aquí diga: “Tengo que pasar la eternidad en alguna parte. No voy a desperdiciar el tiempo presente viviendo como si este mundo lo fuera todo; antes bien, voy a alzar mi oración esta noche, y voy a decir: ‘Ahora, Señor, ahora ha pasado mi niñez, y soy un joven; ahora que he cumplido veintiún años, ahora que tengo treinta, cuarenta, cincuenta, ahora que mi cabello encanece, es tiempo que sea sabio si he de serlo alguna vez, ahora, Señor’”.

Y si fuera tan infeliz como para tener a una persona aquí que ha avanzado hasta el propio fin de su arrendamiento, y ya tiene setenta años, y sin embargo, todavía siguiera viviendo para un mundo que se le está escabullendo, quiera Dios que el Espíritu Santo le haga decir esta noche: “Y ahora, Señor, ahora te busco, ahora me vuelvo a Ti”.

Pueden ver de inmediato que David siente que está fuera de lugar, pues dice: “Y ahora, Señor, ¿qué esperaré?” Dice: “¿qué espero? Puedo ver lo que estos necios están esperando; están esperando tomar su lugar en el espectáculo, se ponen sus vestidos de disfraces, y salen hacia allá para tomar parte en el desfile; pero yo no iré allá. No pertenezco a ninguna de las clases que conforman ese espectáculo. ¿Qué espero, entonces? Veo que los

hombres en vano se afanan; pero, Señor, yo he aprendido a confiar en Ti; entonces, ¿qué espero? Y, oh Dios mío, veo cómo otros agarran firmemente el tesoro que no pueden guardar, que no vale la pena tener, pues pronto habrán de dejarlo, o él los dejará pronto a ellos; yo no voy en pos de ese tipo de cosas; ahora, Señor, ¿qué espero?”

Es como un pez fuera del agua, es un hombre que está fuera de su país natal, es evidentemente un extranjero y un exilado que está volviéndose a su Dios; es un forastero para con su Dios, y le dice: “Ahora, Señor, ¿qué espero?”, una pregunta que únicamente Dios mismo puede responder plenamente.

Observarán, también, que tiene su mirada puesta en el futuro. Es un hombre que espera algo. La fe es una virtud excelsa, y la confianza en Dios es una flor que brota de ella. “¿Qué espero? Todavía no lo he encontrado; estoy esperándolo, pues aquí no tenemos una ciudad permanente, antes bien, buscamos una ciudad venidera”. Nuestro tesoro no está aquí; está allá lejos, sobre los montes eternos, donde Cristo se sienta a la diestra de Dios. El hombre descrito en nuestro texto es un hombre que espera, cuyo principal deleite está ahora en un mundo venidero.

Y, por último, ustedes observan en este punto, que es un hombre cuya esperanza está en Dios: “Mi esperanza está en ti”. No tengo esperanzas terrenales; antes bien, digo: “Alma mía, en Dios solamente reposa, porque de él es mi esperanza”. “He abandonado desde hace mucho las esperanzas de encontrar algo aquí, alguna vez, que me llene, o que me contente; y ahora, Señor, mi esperanza está en Ti. Es únicamente a Ti, Dios mío, a quien deseo; y si te tengo a Ti, si estoy lleno de Ti, si Tú moras en mí, si Tú me transformas a Tu imagen, si Tú te dignas usarme para Tu gloria, si Tú me llevas a casa para morar contigo donde Jesús está, ésto es lo que espero, y no espero nada más”.

Nosotros esperamos las buenas cosas venideras. No somos habitantes de este país; somos ciudadanos de la Nueva Jerusalén que está arriba; sólo somos náufragos aquí por un momento, y estamos exilados del hogar hasta que el bote venga para transportarnos a través del río a la tierra donde están nuestras verdaderas posesiones, y adonde nuestro Bienamado se ha ido. La

vida, y la luz, y el amor, y todo para nosotros, es Él, que ha ido como nuestro Precursor al lugar que ha preparado para quienes le aman.

III. Ahora cierro notando que DAVID OFRECE UNA ORACIÓN APROPIADA Y NECESARIA: “Líbrame de todas mis transgresiones; no me pongas por escarnio del insensato”. Después de todo, estamos aquí, hermanos; no sabemos cuánto tiempo más nos podríamos quedar aquí, y hay algunas cosas que necesitamos mientras estamos aquí. Bien, ¿cuáles son? Envíen sus solicitudes; ¿qué necesitan?

David asienta lo que necesita: “Él quiere ser liberado de problemas”, apunta alguien. No, él no dice nada al respecto; él ora diciendo: “Líbrame de todas mis transgresiones”. “Él quiere ser librado de ese dolor de cabeza, de ese dolor de corazón, de ese dolor en los miembros, de esa depresión de espíritu”. Nada de eso; la oración de este hombre piadoso es: “Líbrame de todas mis transgresiones”.

Esto es, primero oró pidiendo liberación de los pecados cometidos. “Señor, quita todo mi pecado, para que esté limpio completamente de cada brizna de pecado que he cometido alguna vez”. ¿Acaso eso puede ser? ¡Oh, sí; eso nos ha sucedido a muchos de nosotros! Hemos sido limpiados en la sangre del Cordero; y ese lavamiento es un lavamiento perfecto; no deja ninguna mancha tras de sí. Si tú crees en el Señor Jesucristo, Él ha tomado tu pecado sobre Sí; Él ha quitado tu pecado por el grandioso derramamiento de sangre; ya no está más en ti; ha cesado de ser, según este portentoso texto: “La maldad de Israel será buscada, y no aparecerá; y los pecados de Judá, y no se hallarán”. ¡Cuán grande bienaventuranza es vivir sin ninguna nube de ningún tipo entre tu alma y tu Dios, saber que cada pecado es borrado por la expiación de Cristo, y que tu Padre celestial te mira con deleite y favor, como a un hijo de Dios, y que no te reprocha! ¡Oh, feliz, feliz, feliz es el hombre que camina en la luz, como Dios está en la luz, y así tiene comunión con Dios, cuando la sangre de Jesucristo, Su Hijo, nos limpia de todo pecado! La primera oración de David es para pedir liberación de los pecados cometidos. Si la petición es respondida en tu caso, no caminarás en un espectáculo vano, y no te afanarás en absoluto, y mucho menos “te afanarás en vano”.

A continuación, ora para ser liberado de los asaltos del pecado. ¿Quién hay aquí que no sea tentado? Si alguien dijera: “yo estoy por encima de la tentación, o más allá de la tentación”, bien, esa persona está muy adentrada en el orgullo y en la seguridad carnal; está carcomida por la lepra del autoengaño. Todos nosotros somos tentados, y cada día necesitamos orar: “No nos metas en tentación, mas líbranos del maligno”. “Líbrame de todas mis transgresiones. Señor, no permitas que peque; no dejes que te ofenda de corazón, o de pensamiento, o de palabra o de obras”.

¡Oh, que pudiéramos ser perfectos, como para no manifestar nunca un feo temperamento, no decir nunca una palabra sarcástica, no tener nunca un mal pensamiento! ¡Oh, que pudiéramos ser perfectos! ¡Ah, señores, estas son las riquezas que codiciamos: ser perfectamente libres de toda tendencia a pecar! Si pudiéramos conseguir eso, entonces habríamos llegado al cielo, pues eso es el cielo: ser perfectamente liberados del pecado. Bien, bien, tendremos esa perfección; Dios nos la dará; pero hagamos de ésto el tema de nuestra oración diaria: “Líbrame de todas mis transgresiones”.

David también oraba por la liberación de pecados peculiarmente peligrosos. Permítanme poner un énfasis en una pequeña palabra de mi texto: “Líbrame de todas mis transgresiones”. Me temo que todos nosotros tenemos algún pecado especial que es más nuestro pecado que el pecado de otro, alguna tendencia hereditaria, tal vez, alguna propensión a una forma particular de pecado. Yo creo que si algunos hermanos fueran tentados alguna vez a experimentar una alegría exuberante, no pecarían en esa dirección, pues nacieron en el mes de Noviembre, y tienen una niebla en su propia alma. Hay otros que, si fueran tentados a una gran depresión, no pecarían de esa manera, pues tienen la luz del sol en sus almas, y sus ojos parpadean con un júbilo natural. Algunos hombres no son tentados a ser avaros; sería una misericordia si lo fueran, pues son unos tremendos derrochadores. Algunos hombres nunca son tentados a ser pródigos; yo casi desearía que el demonio, o alguien mejor, los tentara de esa manera, pues son muy mezquinos y es muy difícil obtener de ellos aunque sea tres centavos para ayudar a la mejor de las causas.

Satanás nos conoce muy bien; él ve las junturas de nuestro arnés, él sabe a cuáles pecados estamos especialmente inclinados; y si es así en

cuanto a los pecadores, también lo es en cuanto a los santos. Todos nosotros tenemos la necesidad de orar: “Líbrame de todas mis transgresiones; especialmente de los pecados con los que estoy más comprometido. Señor, sálvame de ellos”. Yo te invito, querido amigo, a hacer esta oración de David.

Y luego hagan también la otra oración: “No me pongas por escarnio del insensato. Si he de ser escarnecido, que sea escarnecido por los sabios; pero no me pongas por escarnio del insensato”.

Así, David oró pidiendo la liberación de la merecida deshonra. ¡Oh, que Dios nos conceda que ninguno de ustedes —a quienes ha llamado a una vida más excelsa y mejor y que ha conducido a anhelar la gloria y la eternidad— haga jamás que el enemigo blasfeme y le dé una razón real para que los desprecie! ¡Que Dios nos guarde de caer! ¡Oh, hombres cristianos, Cristo ha sido herido más por Sus amigos que por Sus enemigos! A nosotros no nos preocupa lo que el infiel tenga que decir; al menos, no nos preocuparía si ustedes no le ayudaran en ciertos momentos a decir cosas tristes por su inconsistencia. Sentimos la punta de la flecha, y la punzada de la herida es aguda; pero es un dolor más penetrante sentir que tus maldades pusieron las plumas de la flecha que disparó el enemigo desde su arco. ¡Que Dios nos guarde de ese mal! ¡Que no le prestemos nunca una pluma de nuestras alas con la cual se dispare una flecha contra Cristo o Su causa!

David también oró para ser preservado de la indebida difamación: “No me pongas por escarnio del insensato”. Si vivieran la vida de un ángel, las personas necias pronto esparcirían una historia perversa en contra de ustedes. A menos que el Señor detenga sus lenguas, ellos no las detendrán. Oren, entonces, para ser preservados de la calumnia. Si viniera, que sea una calumnia real, y que no contenga ninguna verdad; pero que Dios los preserve incluso de eso, pues ¡es algo cruel, y hiere en lo más vivo!

Además, David oró pidiendo liberación de la desilusión espiritual; ¡y que seamos preservados también de todas las desilusiones concernientes a nuestra confianza en Dios! Si confiáramos en Dios, y Él no nos liberara, seríamos, en verdad, el reproche del necio. Nosotros salimos valerosamente por la verdad de Dios, y estamos solos, y sin embargo, si esa verdad no nos vindicara nunca, ¡entonces seríamos puestos por escarnio del insensato!

Oramos pidiendo que no seamos puestos en vergüenza, y que el brazo desnudo de Dios defienda Su propia causa, y nosotros creemos que así será.

Y lo último es que, en su oración: “No me pongas por escarnio del insensato”, David implora la liberación de las terribles burlas al final. ¡Que nunca me pierda y entonces tenga que aguantar este escarnio para siempre! Saben, algunas veces me ha asaltado el pensamiento de que, si no soy veraz, y si en el último gran día el Señor dijera: “Nunca os conocí; apartaos de mí, malditos”, aquéllos que tendrían que alejarse conmigo, cómo se volverían y me dirían: “¿Y tú, y tú? Tú nos hablabas; tú nos predicabas; y, sin embargo, tú mismo estás aquí”. Ésto sería sufrir una vergüenza como la que sufrió el rey de Babilonia cuando descendió al abismo y los reyes a quienes había matado comenzaron a decirle: “¿Llegaste a ser como nosotros?” ¡Cómo se gloriaban por causa de su conquistador, él mismo encerrado en el infierno, vencido por el Dios Todopoderoso! Profesantes, yo les suplico que digan esta oración esta noche: “No me pongas por escarnio del insensato”.

Sean sinceros y hombres veraces, para que en el último día no sólo no tengan que soportar la ira de Dios, sino la vergüenza y el desprecio sempiterno que sus compañeros pecadores amontonarán sobre ustedes, mientras ustedes permanecen, después de haber profesado, siendo unos desechados.

¡Que el Señor les conceda Su bendición a aquéllos que van a ser bautizados esta noche! ¡Que sean fieles hasta el fin; y que otros en medio de nosotros, que han confesado a Cristo desde hace años, sean guardados del pecado! ¡Que todos nosotros confiemos en Cristo esta noche! Si nunca antes hemos confiado en Jesús, comencemos a confiar de inmediato, y que cada uno diga: “Ahora, Señor, ¿qué espero? Mi esperanza está en ti”. ¡Que todos vayamos a Jesús, y encontremos vida eterna en Él! Amén y amén.



Nota del traductor:

(1) Bedlam es un hospital siquiátrico de Londres. La palabra bedlam significa tumulto y confusión. El hospital fue notorio por crueldad y trato inhumano con sus pacientes. Era el epítome de una “casa de locos”. El pastor Spurgeon compara a la Bolsa de valores con una casa de locos. Si el hospital quedara vacío, la Bolsa lo supliría. [\[volver\]](#)